



El día de la caza en Miranda de Arga

Todos los años, el primer sábado después del 12 de octubre, se celebra en Miranda de Arga el “Día de la Caza”. Todos los años, al día siguiente, hay noticias e informaciones sobre ese día en los periódicos regionales. Siempre está la misma pregunta sobre el origen de día tan especial, único, entrañable, genuino y desconocido por la mayoría del vecindario mirandés y pueblos de los alrededores.

Hoy día para los pueblos del contorno de Miranda y otros lejanos, dado que las fiestas patronales de los pueblos de alrededor ya se han celebrado, queda el día de la Caza de Miranda como un día singular en el calendario de octubre. Es un día que podría pasar a ser declarado por la Unesco como “Patrimonio Cultural Inmaterial”.

¿En qué consiste ese día?

En el fondo es un día de agradecimiento de los cazadores del pueblo a los vecinos. Por supuesto que en los más de cincuenta años que tiene el Día de la Caza se ha pasado por formas diferentes de celebrarlo, pero en lo genuino ha quedado su origen e identidad.

En los primeros años el rito comenzaba con la salida muy temprano de los cazadores para dar una batida. Luego, con las piezas cogidas, solamente conejos, se hacía el rancho.

Más tarde se pensó comprar conejos en otro pueblo un día antes. Algún año después se incorporó la salida a pescar al río, para hacer la comida del día un poco más variada a base de barbos y madrillas del Arga y, algún año después, añadir algo de cordero y así hacer el rancho algo mayor para delicia de todos los comensales que ese día se congregan en Miranda, para pasar el rato en comunidad, charlar, saludar a los amigos y conocidos a los que hace meses o años que no se ven, y divertirse.

El Día de la Caza de Miranda en el año 1968 ya salió retratado en el NODO. Los mayores saben lo que era eso. El pequeño acontecimiento de Miranda pasó a ser noticia en todos los cines de entonces. Allí se ve a Julio Elizalde Echarri, en

aquel tiempo presidente de la Sociedad de Cazadores, mostrando a las cámaras un conejo justamente abatido.

Entonces y hoy día, tanto para los del pueblo como para los visitantes, llama la atención la organización. Las sartenes que se preparan, que son descomunales, están en el Portal desde el punto de la mañana. Hay que decir que se prepara la comida para unas quinientas personas y hay que contar con la colaboración de muchas personas. Unas se han preocupado de que el fuego esté bien preparado y en su sitio. Además hay que añadir los que han pelado las patatas y cortado carne, ajos y cebollas. Los rancheros con sus delantales de cocineros son los maestros de ceremonias. Luego están los que han preparado el almuerzo. Para nosotros, los de Miranda y alrededores, almuerzo es la comida antes de la comida del mediodía, es un segundo desayuno fuerte. Para los que vienen de lejos almuerzo puede significar la comida del medio día. Todo el mundo sabe que el desayuno español no es un desayuno muy fuerte, un poco de café y poco más. Generalmente el almuerzo el Día de la Caza es a base de magras con tomate, higadicos y pesca del río. Todo esto va acompañado de pan y vino regalado por el Ayuntamiento y alguna bodega de vino de las cercanías. A este pequeño almuerzo, entremeses podríamos decir, acude mucha gente: abuelos, nietos, hijas, esposas, mujeres... Mientras la gente charla, come y bebe el rancho sigue su cocción con lentitud y buen hacer.

Sobre las tres, hoy día en el frontón cubierto del pueblo, están preparadas las mesas con bancos para sentarse, el pan, las botellas de vino... No cabe duda de que esto lleva una logística casi industrial. Cada cuadrilla se ha preocupado de prepararse cubiertos y platos. Esto es algo individual.

Una vez sentados, uno de cada cuadrilla se acerca a las sartenes con una cazuela y allí le ponen la comida que luego comerá con su gente. De esta cazuela de la cuadrilla, todos, poco a poco, van sacando con su cuchara los bocados que van a la boca lentamente y degustando el sabor de los recuerdos. Unas veces patatas, otras carnes. Hoy día nadie se fija, como antes, qué come cada uno. La armonía es grata, saludable y alegre. Algunos cuentan sus aventuras y de cuando en cuando están los “picadillos” personales. No han sido paridos todos los aldeanos por la misma madre. El agua y el vino, aunque el río está muy cerca, no llegan a él. Se olvida el pasado, aunque está presente en los chascarrillos del día.

Como pueden apreciar y pensar los que no lo ven, la comida es rural. Sorprende que no haya mujeres. Y sobre este tema se abre el debate. No se prohíbe que vayan las mujeres, pero estas no van. Hay opiniones para todos los gustos. Los

unos defienden que no vayan y los otros todo lo contrario. Unos son machistas y los otros feministas. Cada opinión se carga de argumentos para defender lo uno o lo contrario. Mientras tanto la comida lleva su curso. Se pasa al café, la copa y la compra de lotería. Con ello se financia en parte la fiesta y, como uno no va a “comer” sino a estar con los amigos, el ambiente marcha bien hasta que llega el encierro de vaquillas que se traen de alguna ganadería de los alrededores.

El primer año o uno de los primeros que se celebró el Día de la Caza, después de la comida y, entonces se iba a comer y beber del “común”, se advirtió que la fiesta era corta. Alguien se acordó que había alguna vaquilla escapada de las fiestas de algún pueblo cercano y andaba por el término municipal, los mozos fueron a buscarla y la trajeron. Desde entonces tenemos vaquillas.

¿Y cómo nació el Día de la Caza?

Pura defensa. Hoy diríamos lucha contra la globalización, lo desconocido. Miedo a lo que viene de fuera y al descontrol. Un “nacionalismo” elemental. Un ejemplo para muchas cosas que pueden ir viniendo

Seguro que los cazadores de entonces no tuvieron clases de teoría económica-política, ni pensaron mucho en las afirmaciones anteriores, pero esto no quita ni aparta de esta realidad.

Durante miles de años la caza era una actividad humana vital, eso dicen los libros. Esta actividad se fue modificando con el paso del tiempo. En los años de miseria y privatización de “hace cuatro días”, la caza todavía el rescoldo de actividad vital: ayudar a la familia para sobrevivir y comer carne, pero gracias al despegue económico la caza se convirtió en deporte.

En los primeros tiempos los cazadores cazaban. Olfateaban “con los ojos” todos los cambios ocurridos en una pieza. Se entraba en lo que llamamos en Miranda “una pieza”,; es decir, en un terreno de algunos miles de metros cuadrados, que hoy día con la concentración parcelaria se han multiplicado. Entraban en la pieza y miraban las matas de la mota, observaban si había rastro de caza, en otras palabras, huellas de las liebres, si habían pasado de una pieza a otra o se habían tumbado en mitad de una pieza labrada. Si había llovido era más fácil, pues el rastro del animal era posible que estuviera marcado en el suelo tierno. El buen cazador sabía que una liebre había entrado por la puerta grande del campo y no había salido de él. A partir de aquí, paciencia para encontrarla y suerte. El que más sabía de esto era Macario. Dicen que con las liebres cobradas por él durante su vida darían la vuelta al término del pueblo...

Sobre los años sesenta va a aparecer un nuevo tipo de cazador. Gente joven del pueblo, con menos paciencia y orientados hacia la caza de la perdiz. Les gusta enseñar lo que han cazado e incluso están dispuestos a comprar piezas de caza para colgarlas de la cintura y mostrar su habilidad y puntería.

A este tipo de cazadores nuevos del pueblo, les va a salir pronto competencia de otros jóvenes de la ciudad; estos jóvenes están zurrados por el trabajo de la fábrica y en la caza van a ver el deporte y pasatiempo de su triste vida de obrero industrial. Vienen en coches, traen escopetas y munición nueva, perros dóciles, educados y obedientes. Disparan a todo lo que se mueve y no tienen ningún respeto con lo que no es de ellos. Avasallan, abandonan la porquería por el monte, se llevan la caza y dejan la tristeza en la campiña. Los perros conejeros del pueblo con su olfato animal comienzan a temer por su vida, pues se dan cuenta que hay perros especializados para todo.

En estas circunstancias y alrededor del bar de Angelito, también cazador, se fragua la idea del coto de Miranda. Los cazadores de toda la vida: Tronchín, Francisco el de la Federa, Angelito, Julio y todos los demás fundan el coto de Miranda con los estatutos reglamentarios: presidente, junta, tesorero y guarda. El primer presidente fue Julio Elizalde Echarri

Al principio el tema del guarda, Francisco el de la Federa, lo tomaron muy en serio y alguno fue denunciado. Esto les picó a más de uno y lo llevan todavía marcado en sus recuerdos. Si se pudieran vengar, no hubieran dudado en hacerlo. La convivencia en un pueblo no es tan fácil y reconocer la falta no está a la altura de algunas mentes.

¿Cómo se puede recompensar a los vecinos del pueblo el haber dejado sus campos para formar el coto de Miranda? Regalando al pueblo un día de fiesta, el Día de la Caza, entregando al pueblo la caza que ese día se pudiera cazar, haciendo con las piezas una comida de hermandad para todos. A los grandes terratenientes, que entonces no solían acudir a la comida porque era una comida rural, se le entregaba unas cuantas perdices a domicilio. Hoy día que las liebres, los conejos y las perdices han desaparecido de montes y llanos por muchas causas, en Miranda ha quedado sin embargo el Día de la Caza, aun sin caza, como una fiesta de hermandad: Patrimonio Cultural Inmaterial.

Lo que comenzó en defensa de lo desconocido ha quedado como disfrute de toda una comarca. Otras regiones de España han puesto su plato típico en la picota de la Unesco como Patrimonio Cultural Inmaterial. La nuestra no desdice nada de otras regiones con su plato típico, el calderete, y combinado con los

ingredientes del Día de la Caza de Miranda de Arga, ofrece el marco para ese título honorífico que puede abrir puertas al pueblo.